

El gran escape de la torre de marfil: el poder y los intelectuales modernos

Luis Alfonso Gómez Arciniega¹

Resumen: Con la publicación en 2008 del libro de Raymond Geuss, *Philosophy and Real Politics*, la teoría política inauguró un debate sobre sus alcances heurísticos y normativos en tiempos de postmodernidad y de un aparente consenso liberal. A partir de la reflexión de Geuss, el texto propone retomar el debate sobre los intelectuales y el poder desde la perspectiva de Michel Foucault. Se hace hincapié en la tarea trascendente que los teóricos de la política –en su encarnación intelectual– están llamados a desempeñar como críticos de los mecanismos de poder en tiempos en los que el espacio público se ha vaciado y la administración del aparato gubernamental parece ser la única preocupación de quienes se ocupan de la política.

Palabras clave: Crítica de poder; Michel Foucault; Raymond Geuss; intelectuales y poder; tecnocracia y tecnócratas.

Abstract: With the publication of *Philosophy and Real Politics*, Raymond Geuss has brought back to life the debate about the heuristic and normative scope from Political Theory in times of Postmodernism and an apparent liberal consensus. Departing from Geuss' reflection, this text aims to revisit the apparent link between intellectuals and power from Michel Foucault's perspective. The text emphasizes the important role that political theorists as intellectuals are called to play as critics of power in times of emptied public space and when State administration seems to be the only concern of those involved in politics.

Key Words: Power Analysis; Michel Foucault; Raymond Geuss; intellectuals and power; technocracy and technocrats.

*No será en las instituciones políticas
donde se manifestará la ruina universal,
o el progreso universal,
pues poco me importa el nombre.
Será en el envilecimiento de los corazones.*

Charles Baudelaire

¹Ruprecht-Karls-Universität Heidelberg.

Con su libro *Philosophy and Real Politics* (2008), Raymond Geuss sacudió los cimientos de la teoría política.² Después de muchos avatares, la filosofía política hacía un ejercicio autocrítico replanteándose la pregunta de fines y medios. ¿Cuál es la función principal de la teoría política? ¿En qué fenómenos debe centrar su atención? En la Antigüedad clásica, las cuestiones de la *polis* se dilucidaban en el ágora por ciudadanos (*zōon politikon*) para quienes, citando a Publio, «nada humano era ajeno». Con el tiempo, esta costumbre fue desterrándose y desvirtuándose. Advirtiendo las sombras del olvido en el que caían las relaciones humanas como preocupación primordial de la política, Miguel de Unamuno desempolvó el viejo *dictum* aristotélico: «Soy hombre, a ningún otro hombre estimo extraño».³ La tendencia no se revirtió y el pensamiento político discurre en tiempos donde discursos apolíticos y carentes de trascendencia anegan el espacio público. De ahí que, para corregir el rumbo, sea necesario volver a los orígenes.

Si aspira a recobrar el papel que le corresponde dentro de las ciencias sociales, la política tendría que concentrarse en las relaciones humanas y en cómo determinadas interacciones conducen al sometimiento, a la represión, al comportamiento criminal, a la aniquilación del pensamiento o a la automatización de las personas. En términos concretos, una de las responsabilidades nodales de la política es pensar el poder y los tiempos modernos exigen intelectuales capaces de descifrar la constelación de correspondencias que generan dominación y servidumbre; alienación y anomia; sometimiento y emancipación; destrucción y edificación. Las siguientes líneas navegan por estas aguas: los grandes retos que la humanidad enfrenta exigen intelectuales capaces de desenmascarar la cartografía de relaciones de poder que recorren el cuerpo social para, de esta forma, hacer asequible al público más amplio la forma en la que los actores políticos interactúan.

Rezan los conocidos versos de Jorge Luis Borges: «¿Qué Dios, detrás de Dios la trama empieza de polvo y tiempo y sueño y agonías?».⁴ El adagio borgiano ilustra la responsabilidad del intelectual moderno (y, en consecuencia, de los teóricos políticos): desenredar la urdimbre del poder y exponer sus delicadas hebras al sol. Esto entraña abandonar la seguridad de la torre de marfil donde un núcleo de iniciados, completamente aislados de la realidad social, elabora sesudas radiografías sociales cifradas en lenguajes perfectamente incomprensibles. Es una cosa seria: ninguna revolución se ha consumado en el hermetismo de los claustros. Llegado a este punto se dirá «quizá haya algo de cierto en esto, pero ¿acaso no se vive una de las épocas más pacíficas de las que se tenga memoria? ¿Acaso no es la democracia liberal la dueña y señora de todas las tierras y los mares?». La respuesta, desde luego, es un rotundo no. Que no se adviertan las huestes de Gengis Kan surcando las planicies de

² P. Mark (2012). Realism without Illusions. *Political Theory*, 5, vol. 40, pp. 629-649; F. Freyenhagen y J. Schaub (2010). Hat hier jemand gesagt, der Kaiser sei nackt? Eine Verteidigung der Geuss'schen Kritik an Rawls' idealtheoretischem Ansatz. *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, 3, vol. 58, pp. 457-477.

³ M. de Unamuno (1983). *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Akal, p. 57.

⁴ J. L. Borges (2003). Ajedrez, en *El hacedor*, Madrid: Alianza, pp. 69-70.

Mongolia, que la sombra de Bucéfalo no relinche en Asia Menor o que las tempestades de acero no inundan las trincheras con cuerpos inertes en Europa no significa que no se libren batallas en otros ámbitos y de una forma más sofisticada. Cuando se discute la prohibición del burka en las sociedades seculares europeas, se debe cuestionar, ante todo, si las partes están conscientes de las estructuras de dominación en las que se mueven. Cuando se polemiza sobre la inclusión de las mujeres en el mercado laboral, la cándida lectura de porcentajes de participación femenina en la economía será como esos barcos que naufragan en la tormenta sin percatarse que se encuentran en el ojo del huracán. El racismo, en sus formas más elaboradas, prescinde de piedras y balas para disminuir al otro hasta hacerlo desaparecer y, si se piensa en la protesta social, habría que identificar si ésta cuestiona realmente las estructuras hegemónicas o si únicamente devuelve el eco de las mismas. En palabras de Anton Leist: «Cada acción, costumbre o práctica puede adquirir un significado determinado dependiendo del contexto social. Distinguir qué marcos sociales son los más importantes, cómo se relacionan entre sí y su jerarquización es un vasto campo para la investigación que ha sido poco explorado».⁵ En esa misma tónica se expresaba Deleuze en una amena charla con Michel Foucault:

«Si se considera la situación actual, el poder forzosamente tiene una visión total o global. Quiero decir que las actuales formas de represión, que son múltiples, se totalizan fácilmente desde el punto de vista del poder: la represión racista contra los inmigrados, la represión en las fábricas, la represión en la enseñanza, la represión contra los jóvenes en general. No hay que buscar la unidad de todas esas formas tan solo en una reacción frente al Mayo del 68, sino mucho más en una preparación y organización concertadas de nuestro futuro próximo».⁶

El discurso político y la posición de los actores políticos en torno a distintos temas solo pueden comprenderse a cabalidad, si se analizan las coordenadas de poder. Desde un punto de vista teórico, este análisis devela aspectos sociales que, al cariz de los últimos sucesos mundiales, resulta imposible seguir concibiendo exclusivamente en términos de estructuras gubernamentales como lo sugerían algunas escuelas teóricas. Hechas estas precisiones liminares, para poder dilucidar qué tipo de pensador requiere la teoría política en tiempos contemporáneos, primero se describirá brevemente en qué escenario ha cobrado fuerza el enfoque de la crítica del poder en la teoría política. Después, se indagará sobre el concepto en el pensamiento de Michel Foucault. Final-

⁵ A. Leist (1991). Individuelles Handeln und Macht: Foucault Herausforderung. *Analyse & Kritik*, 13, pp. 170-183.

⁶ G. Deleuze y M. Foucault (1977). Les Intellectuels et le pouvoir (Gespräch mit Michel Foucault vom 4. März 1972), en G. Deleuze y M. Foucault, *Der Faden ist gerissen*. Berlin: Merve, pp. 301-312.
http://swiki.hfbkhamburg.de:8888/Medienoekologie/uploads/Die_Intellektuellen_und_die_Macht.pdf, [24.03.2012], p. 307.

mente, se llevará a cabo un intento de explicar por qué el teórico político difiere del “hombre político” y por qué su tarea es eminentemente de corte intelectual.

GEUSS Y EL DEBATE SOBRE LA AUTO-COMPRESIÓN DE LA TEORÍA POLÍTICA

Para Geuss, «una teoría política solo puede ser una guía adecuada para la acción cuando, en términos de su relación cognitiva con el mundo real, sea mínimamente realista».⁷ Así las cosas, el debate sobre la auto-comprensión de la teoría política podría resumirse en cinco tareas fundamentales: comprensión, evaluación, orientación, innovación conceptual y crítica de la ideología.⁸ La definición de ideología del profesor emérito de Cambridge trasluce la importancia de los dos últimos criterios (innovación conceptual y crítica ideológica):

«Una ideología es, pues, un conjunto de creencias, actitudes y preferencias que han sido moldeadas como resultado de las relaciones de poder. Esta distorsión tomará característicamente la forma de presentar estas creencias, deseos, etc. como inherentes al interés universal, cuando, en realidad, sirven a intereses particulares. Se puede pensar que una ideología comprime tres elementos: primero, una configuración particular de poder; segundo, esta configuración toma por universales, necesarias y espontáneas ciertas características variables de la existencia humana (características que solo son alentadas por el ejercicio constante del poder) que están distorsionados como resultado de la operación de ciertas relaciones de poder; tercero, ciertos intereses particulares pueden hacerse pasar por universales».⁹

Definiciones de ideología hay tantas como ríos en Europa pero si se centra la atención en la interpretación propuesta, entonces se descubre que el análisis del poder es uno de los componentes más relevantes de la crítica ideológica. Una de las virtudes de Geuss reside en señalar deficiencias de autores como John Rawls. El gigante de la teoría de la justicia habrá erigido un edificio teórico impecable en su construcción metodológica, pero olvidó lo más importante; el poder: «La idea de que basta el velo de la ignorancia para encubrir, ignorar o descartar las estructuras de poder es demasiado ingenua».¹⁰ El hecho de que Geuss se tome tiempo para criticar desde ese frente las debilidades de la teoría rawlsiana es una muestra de la importancia que le concede al poder en la teoría política. El mismo autor considera cualquier teoría –por ejemplo, la justicia en Rawls– potencialmente susceptible a intervenciones ideológicas.¹¹ Finalmen-

⁷ Raymond Geuss, *Philosophy and Real Politics*, New Jersey, Princeton University Press, 2009, p. 93.

⁸ *Ibid.*, pp. 56-75.

⁹ *Ibid.*, p. 78.

¹⁰ *Ibid.*, p. 90.

¹¹ *Ibid.*, p. 128.

te, Geuss expresa claramente cómo puede conciliar la *Realpolitik* con la filosofía: «Se exigirá de cualquier teoría la capacidad de explicar cómo interactúan de forma concreta en la realidad aspectos como poder, intereses, prioridades, valores y formas de legitimación [...] Una “teoría ideal” sin contacto con la realidad no puede brindar consejo para la acción».¹² Hablar de política es hablar de poder.

LA MICROFÍSICA DEL PODER Y LA QUINTA DEL SORDO

Es deseable que una discusión sobre el poder parta de la diferenciación entre el monopolio de la violencia concentrado en el aparato estatal y las estructuras que recorren las relaciones humanas. De esta diferencia se sigue que no basta controlar instituciones políticas para instrumentar cambios profundos en las sociedades humanas. Michel Foucault ilustraba el error con la “inocencia” de algunos teóricos dogmáticos de la siguiente manera. Los revolucionarios marxistas han hecho del aparato estatal un fetiche desde finales del XIX. Para combatir al Estado —que no solo es el gobierno—, el movimiento revolucionario se constituye primero como partido, organizado bajo los mismos principios, mecanismos disciplinarios, jerarquías y organización de la violencia que el aparato estatal. Segundo, cuando se establece la “dictadura del proletariado”, el aparato estatal permanece intacto para poder instrumentalizarse en contra de los “enemigos de clase”. En consecuencia, el Estado se reconstruye. Finalmente, para administrar las estructuras que no se derribaron por completo es necesario llamar a los técnicos y especialistas del antiguo régimen.¹³ Se cierra el círculo. *Voilà*. La burguesía controla de nuevo la administración gubernamental. Michel Foucault dedicó buena parte de su vida a desentrañar el concepto de poder desde una perspectiva más novedosa que la marxista. Desarrolló una nueva teoría al respecto y la llamó “microfísica del poder”.

Definir el poder no es un intento nuevo y su genealogía se rastrea a teorías más elementales que lo definen así: A tiene poder sobre B, cuando A logra que B haga algo que, de otra forma, jamás haría.¹⁴ Pero Michel Foucault no buscó las relaciones de poder únicamente en la soledad de los pasillos del Kremlin, en la penumbra de los cuarteles generales de la Gestapo o en la sobriedad puritana del Despacho Oval. Prefería internarse en los fantasmas de *Las meninas* de Diego Velázquez. Cuenta una vieja anécdota que, en una de sus últimas visitas a Madrid, el politólogo italiano, Norberto Bobbio, pidió ser llevado al Museo del Prado. Al salir, parco, pronunció: «¡Qué sabio Goya: sabía que el hombre es malo!».¹⁵ Acababa de ver las pinturas murales que decoraron la Quinta del Sordo.¹⁶ Si Bobbio buscaba entre surcos de sangre, ensueños, bru-

¹² *Loc. cit.*

¹³ M. Foucault (1976). *Mikrophysik der Macht. Michel Foucault über Strafrecht, Psychiatrie und Medizin*. Berlin: Merve, p. 110.

¹⁴ D. Daiber (1999). *Subjekt- Freiheit-Widerstand- Die Stellung des Subjekts im Denken Foucaults*. Konstanz: Hartung-Gorre, p. 68.

¹⁵ J. Silva-Herzog Márquez (2010). Bobbio y el perro de Goya, en *La idiotez de lo perfecto. Miradas a la política*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 73.

¹⁶ *Loc. cit.*

jas, cabras diabólicas y garrotazos un entendimiento de la política que partía de la condición humana, Foucault se asombraba con las telarañas del poder. Al pensador francés le decían más del poder las deformaciones de las fisonomías humanas de los asistentes al Aquelarre o El Gran Cabrón; las excursiones amorosas y la locura pasional de las fiestas saturnales de la Roma antigua en la Romería de San Isidro; los torsos mutilados y ensangrentados de los hijos que Saturno devora en un acto caníbal que bien podría analogarse a una revolución; Judith haciendo trazos maquiavélicos en la alcoba para salvar a los hebreos decapitando a Holofernes; la terrorífica figura demoníaca que le susurra tentaciones al fraile, carne y hueso, al fin; Las Parcas (Átropos) y el perenne miedo al corte final de los hilos de la vida; el diablo Asmodeo sobrevolando pelotones de fusilamiento en un cielo ocre del fin del mundo; el caudal de garrotazos que devuelve a los hombres a la época de las cavernas motivados a golpear al prójimo por la sombra del discursos de poder, que se arrastra silente hacia el fin de la noche. Para comprender el resplandor del Rey Sol era necesario contemplar en procesión silenciosa los casi cuarenta cuadros en la Galería de las batallas de Versalles, donde se inmortalizaron las gestas que construyeron *la grande nation*: Napoleón triunfante en Austerlitz; Carlos Martel frenando el avance de los moros en Poitiers; Juan de Arco abrazando la inmortalidad después de las llamas... De esos resquicios oníricos y segundas navegaciones proviene su definición:

«Por poder entiendo la multiplicidad de relaciones de fuerza que pueblan y organizan un territorio; el juego en el trasmudan, refuerzan o invierten estas interacciones interminables; los pilares que mantienen unidas las relaciones de fuerza y que, al mismo tiempo, conforman cadenas sistémicas o los desplazamientos y contradicciones que las aíslan; y, finalmente, las estrategias mediante las cuales ejercen influencia o las directrices y cristalizaciones institucionales encarnadas en el aparato estatal, en la legislación y en las hegemonías sociales. Poder es el nombre que los hombres otorgan a una situación estratégica en una sociedad».¹⁷

Según Foucault habría que desprenderse de cuatro limitaciones teóricas: (1) la idea de que el poder es algo que se puede poseer; (2) la noción de que el poder político es siempre un cierto número de elementos localizados en el aparato estatal; (3) la convicción de que el poder siempre está subordinado de forma productiva histórica o analítica; (4) la idea de que el poder únicamente tiene efectos ideológicos dentro de los órdenes cognitivos.¹⁸ Para el pensador francés, el Estado actúa en conformidad con la sociedad sin ser parte de ella. En lugar del fetiche macropolítico concentrado excesivamente en los mecanismos institucionales del Estado, propone una concepción mi-

¹⁷ D. Daiber, *op. cit.*, p. 70.

¹⁸ M. Foucault, *op. cit.*, p. 114.

crofísica. Quien también fuera catedrático del Collège de France subrayó el “carácter estrictamente relacional de los mecanismos de poder” y dejó claro que en la analítica del poder se “tiene que ser nominalista”, pues no se trata de instituciones, estructuras o de “algunos poderosos”, sino “de una situación estratégicamente compleja” en una sociedad que se constituye inmersa en una “multiplicidad de relaciones de poder” dentro de diversos grupos sociales y en los que se originan relaciones entre distintos puntos.¹⁹ Por encima del micro-poder se localiza el Estado, sujeto a su vez, a los objetivos estratégicos del biopoder –que convierte la vida en objeto administrable–.²⁰ Visto desde esta perspectiva, el rey es una figura intercambiable, un punto por el que transitan las fibras del poder, como aquellas figuras de Mussolini y Hitler de Elastolin manufacturadas artesanalmente por Otto Hausser en los treinta. Foucault niega que estas relaciones se distingan principalmente por la utilización de medios de represión. El problema, sostenía el cirujano de las instituciones sociales, es que no se investigan las condiciones que permiten su floración. Además de la barrera restrictiva, los procesos de poder contienen una dimensión productiva: posibilitan experiencias individuales y colectivas y dan luz a nuevas formas de conocimiento. A Foucault no le interesa saber qué individuos ejercen poder sobre otros, sino determinar qué formas o estructuras ejercen influencia sobre situaciones históricas o relaciones.²¹ El poder es omnipresente: «No porque este incluya todo, sino por qué este proviene de todos lados, está en todos lados».²²

Llegados a este punto, se puede afirmar con certeza que la teoría política tiene la tarea y, ojalá también la capacidad, de revelar las verdades individuales del discurso, su poder (y, en consecuencia, su potencial legitimador de dominación). ¿Cómo llevar a cabo este análisis? ¿Quién puede hacerlo? Para responder a esta pregunta nodal, se hará una diferencia entre *políticos* y *teóricos de la política*. Cuando se trata del poder se deben discutir dos aspectos: primero, el ejercicio político de este en las instituciones de la administración de personas, que aquí serán llamados políticos o tecnócratas y, segundo, el auge y caída de las teorías que luchan entre sí y que generan mecanismos ideológicos que dirigen los destinos de las maquinarias estatales.

LA PRAXIS DEL PODER

Si se entiende la teoría política en sentido aristotélico, entonces se puede decir que los intelectuales de todos los órdenes del conocimiento están llamados a participar en el debate de las ideas, en la *res publica*. Habrá que comenzar por definir al intelectual *grosso modo*. Definiciones hay muchas, pero quizá la génesis del término en su sentido moderno sea la mejor respuesta. Este nació en Francia con *El manifiesto de los intelectuales* de

¹⁹ W. Detel (1998). *Macht, Moral, Wissen. Foucault und die klassische Antike*. Fráncfort: Suhrkamp, p. 26.

²⁰ D. Daiber, *op. cit.*, p. 73.

²¹ W. Detel, *op. cit.*, p. 29.

²² D. Daiber, *op. cit.*, p. 73.

enero de 1898, en donde Zola, Blum, Proust, France, Halévy y muchos otros, se pronunciaron públicamente en contra de la forma como el poder –el Ejército, el gobierno, la prensa y la opinión pública antisemita– llevaron a cabo el proceso al capitán Dreyfus acusado de traición. Ahora bien, el maridaje de los intelectuales con el poder nunca ha sido sencillo. En uno de sus laberínticos espacios, el Museo de Louvre resguarda un relieve escultórico de Pierre Puget en *marmor lunensis* titulado *Alexandre et Diogène*. El maestro de la escultura barroca cinceló el momento en el que el poderoso se acercó a Diógenes y le preguntó: «¿Qué puedo hacer por ti?». El filósofo-mendigo le respondió: «Apartarte y no quitarme el sol». Acaso sin saberlo, Diógenes destierra a los intelectuales de los asuntos del poder. Ha dicho a Alejandro Magno: «¡Lleva a cabo las grandes proezas y cúbrete de oropel las sienes! Con andrajos, yo miraré el crepúsculo y plasmaaré en mis obras facetas del sol que tú jamás podrás comprender». El filósofo se volvió una suerte de anacoreta que, a menudo, no prestaba demasiada atención a lo que ocurría en la tierra. Es conocida la anécdota de Tales que, mirando las estrellas, se desplomó en un pozo. Quien miraba las estrellas perdía a menudo la noción de lo que estaba debajo de los pies.

Platón y Aristóteles restituyeron al filósofo en los asuntos políticos: estos tenían que asesorar al rey o ser el «Führer del Führer». ²³ El estagirita intentó convertirse en el asesor de cabecera de Alejandro Magno; Séneca fue tutor, consejero y gobernante *de facto* del imperio de Nerón, terminando sus días en una bañera con las venas desangradas; Nicolás Maquiavelo brindó consejo a príncipes florentinos; Martin Heidegger en tres actos: (1) «¿cómo puedes permitir que un hombre tan inculto como Hitler gobierne Alemania»; «La cultura no importa, Karl.[Jaspers] Mira sus maravillosas manos»; (2) Karl Löwith encuentra a su maestro paseando por la Ciudad eterna después de haber pronunciado una conferencia sobre Hölderlin y la esencia de la poesía con la esvástica en la solapa; (3) el pensador de la Selva Negra abre su despacho de la universidad después de haber sido restituido y escucha a un colega preguntar «¿De vuelta de Siracusa?». Las incursiones platónicas y aristotélicas parecen concluir mal cuando Gottfried Benn –adalid en los veinte del Expresionismo alemán– orondo exclamara en un discurso:

«Celebramos el retorno a la unidad del paisaje histórico y palpitante creado por el *Volk*, a la tradición de la lengua materna y la cultura propia. Encontramos en

²³ Según consta en su *Séptima Carta*, Platón habría coqueteado en no pocas ocasiones con entrar en la vida política, pero el régimen dictatorial de los Treinta de Atenas (404-403 a.C.) lo había disuadido. No olvidaba que una democracia había hecho beber cicuta a su maestro y amigo Sócrates. Entonces Dión, un devoto de la filosofía platónica, lo convenció de hacer una última batalla por llevar a la práctica las ideas. Su pretensión era hacer del tirano Dionisio, un gobernante-filósofo a la manera en que teorizó en su *República*. Dión estaba convencido que el hijo de Dionisio el Viejo estaba interesado por la filosofía y deseaba comportarse de manera justa. Entonces, Platón aceptó ir a Siracusa. Según Mark Lilla, después de esa expedición, le quedó claro al filósofo que lo único que Dionisio quería era adquirir una “pátina de conocimientos (un hombre que quería estar a sol y soloconseguía quemarse)”. Platón volvió muchas veces, pero siempre encontró a un gobernante ensoberbecido. (M. Lilla (2004). La seducción de Siracusa. *Letras Libres*, 64, marzo, pp. 8-10. Traducido por N. Catelli.)

el movimiento histórico una tendencia estatal, ordenada y positiva, hacia el futuro. Se trata de una idea moderna del Estado que busca disolver la rancia dicotomía marxista entre trabajadores y patrones en una comunidad superior. Nos podemos referir a ella como lo hace Jünger en *Der Arbeiter* o simplemente como nacional-socialismo». ²⁴

Diez años tras la Segunda Guerra Mundial, Raymond Aron se lamentaba de que los intelectuales hubieran pecado de ingenuidad e irresponsabilidad al enfrentarse a problemas políticos reales. Para él, estos debieron defender la democracia liberal frente a los excesos del estalinismo y los horrores del nacionalismo. Sartre y sus seguidores no aceptaron esa responsabilidad. ²⁵ Gramsci, por su parte, hablaba de «intelectuales orgánicos» como aquellos que emergen sobre «el terreno a exigencias de una función necesaria en el campo de la producción económica» y están ligados irremediabilmente a ciertas clases sociales y, *ergo*, reproducen intereses enquistados en un sistema. ²⁶ En suma, la historia parece repetirse como farsa: movidos por el deseo de contemplar hechas realidad las ideas sobre las cuales han teorizado, los intelectuales quedan deslumbrados por el tirano hasta que se desploman incinerados por volar cerca del sol. Muertos en vida en el destierro, condenados a muerte o internados en sanatorios, la mayoría de ellos escribe memorias para tratar de recapacitar sobre lo que ha fallado. Los restos de las barcas en las que ocurrieron los naufragios personales de Leni Riefenstahl, Carl Schmitt, Ezra Pound, Knut Hamsun, Peter Handke o Martin Heidegger forman ya una abultada literatura.

Ciertamente, la vieja dicotomía entre “derechas” e “izquierdas” parece sepultada por los peligros de la tecnocracia. Difícilmente se encuentra hoy en día a teóricos dispuestos a brindar espaldarazo a los hombres del poder. Si lo hacen, se arriesgan ya no al escarnio de las mayorías, sino a las risas que contemplan en ellos bufones sin oficio ni beneficio. Esto es así, en parte porque, bajo una falsa idea “progresista” o en nombre de la “modernidad”, el mundo ha quedado reducido a un inmenso objeto de manipulación en el laboratorio. Las ciencias naturales no están orientadas más a la descripción de fenómenos naturales, sino a la manipulación genética de toda forma de vida; las universidades no son cuna de pensamiento crítico, sino de artefactos sustituibles en una lógica del mercado; la política ha dejado de ser creativa para volverse un compendio de ensayos cientificistas con resultados establecidos *a priori*. La época de las preguntas ha terminado porque todos los problemas tienen solución, incluso los que nadie se ha planteado todavía. En este escenario, Alvin W. Gouldner señaló que la *intelligentsia* —en cuyas filas destaca la burocracia tecnocrática—, tiene como interés fundamental y vía de acceso al poder, el dominio y la aplicación de la técnica, mientras que

²⁴ G. Benn (2006). *Der neue Staat und die Intellektuellen*, en B. Hillebrand (coord.), *Essays und Reden in der Fassung der Erstdrucke*. Fráncfort: Fischer, 3ª ed., p. 459.

²⁵ M. Lilla, *op. cit.*, p. 12.

²⁶ A. Gramsci (1967). *La formación de los intelectuales*. Traducido por Á. González Vega. México: Grijalbo, p. 22.

los intelectuales procuran la crítica de la realidad y del poder como una forma de influir en la formación de valores públicos. Su función es crítica, emancipadora y hermenéutica y, en consecuencia, esencialmente política.²⁷ Los técnicos tienen las soluciones; los intelectuales formulan las preguntas. Gouldner habla incluso de la *intelligentsia* como nueva clase orientada al dominio de la técnica *ad hoc* para determinados procesos políticos. Por otro lado, los teóricos políticos se resisten al aparato estatal y, desde esa trinchera, ejercen la crítica del poder.

POLÍTICOS Y TECNÓCRATAS AL MANDO DE LAS INSTITUCIONES

Para justificar su existencia, el político tiene que promover los intereses del gobierno en turno. Por eso traza contornos de paraísos artificiales para disfrazar las carencias de la realidad. No es casualidad que, en la actualidad y ante la matematización de la Ciencia Política, proliferen los estudios estadísticos que manipulan las cifras de acuerdo a intereses particulares. Max Weber fue uno de los teóricos que mejor ha articulado la tarea del político: «La conciencia de tener una influencia sobre los hombres, de participar en el poder sobre ellos y, sobre todo, el sentimiento de manejar los hilos de acontecimientos históricos importantes; elevan al político profesional, incluso al que ocupa posiciones formalmente modestas, por encima de lo cotidiano».²⁸ En la oposición, el político se convierte en crítico, pero esta labor se agota cuando su proyecto se torna hegemónico. Los pertenecientes a la *intelligentsia* dirigen la producción y los recursos administrativos, pero también disponen del poder sobre la comunicación y el aparato de la violencia. La “nueva clase” de Gouldner se concibe a sí misma como élite consolidada en posiciones estratégicas.²⁹ En las economías avanzadas, los intelectuales han dejado de participar activamente porque se han adaptado a intereses materiales, abandonado su función crítica.³⁰ La tendencia de los últimos años ha sido la incorporación masiva de los intelectuales en instituciones.³¹

LOS TEÓRICOS DE LA POLÍTICA Y EL TRABAJO INTELECTUAL

En contraste con los tecnócratas, los intelectuales están orientados a la creación de formas alternativas. A diferencia de los celadores del aparato gubernamental, éstos no necesitan ni la racionalidad administrativa ni “tener el poder”, para llevar a cabo su tarea.³² Es un experto en ideas y valores alrededor de los cuales se articula el discurso.³³

²⁷ A. W. Gouldner (1980). *Die Intelligenz als neue Klasse: 16 Thesen zur Zukunft der Intellektuellen und der technischen Intelligenz*. Traducido por C. Seyfahrt. Fráncfort/Nueva York: Campus.

²⁸ M. Weber (2005). *El político y el científico*. Traducido por F. Rubio Llorente. Madrid: Alianza, p. 115.

²⁹ A. Gouldner, *op. cit.*, p. 17.

³⁰ *Ibid.*, pp. 28-29.

³¹ E. Shils (1974). *The Intellectuals and the Powers and Other Essays*. Chicago: The University of Chicago Press, p. 13.

³² Ch. Kadushin (2006). *The American Intellectual Elite*. New Brunswick: Transaction, p. 7.

³³ *Loc. cit.*

Para el intelectual la duda es *modus operandi*; para el tecnócrata, no. Foucault describe al “intelectual universal” como una suerte de alto dignatario y este tipo ideal encuentra su expresión en el escritor, orfebre de valores en los que todos pueden reconocerse.³⁴ Por otro lado, los intelectuales “específicos” provienen de la figura del “científico como experto”.³⁵ Por eso, la tarea más importante de la teoría política y, en consecuencia, del teórico político, es revelar las estructuras de poder y, de esta forma, promover el debate y alimentar el desarrollo de las ideas. Si el tecnócrata emplea cualquier tipo de artilugios para procurar la estabilidad del sistema, el intelectual echa mano de innumerables recursos imaginativos para dibujar universos distintos a los ya existentes. La inconformidad constante permite que la historia fluya como arroyo cristalino y no se estanque en los pantanos del conformismo. Gouldner avizora precisamente en esta actitud perenne de crítica sistemática el esfuerzo del intelectual por poner en jaque la autoridad existente.³⁶ Cuestionar el *statu-quo* permite al intelectual resguardarse del poder; si cae en sus garras, entonces habrá que hablar de él como político, porque participará de otra forma en el ágora. Fenómenos como la violencia contra las mujeres solo pueden aprehenderse en toda su magnitud si se conoce a los actores políticos y los discursos. Después será responsabilidad de los medios de comunicación difundir el debate y activar a la sociedad. Sin embargo, estas cuestiones seguirán siendo desconocidas para el público mientras no se reconozca que las relaciones de poder operan también fuera de la estructura estatal.

El intelectual se erige como el último bastión de una narrativa política nueva.³⁷ No se trata de perseguir la peligrosa quimera de figura conciliadora; es cuestión de esgrimir la espada crítica contra los discursos de poder allí donde sus objetivos e instrumentos son equitativos: en el orden del “conocimiento”.³⁸ Aunque los intelectuales suelen participar en la dirección de los movimientos revolucionarios, muchas veces también contribuyen a urdir una continuidad con el pasado.³⁹ Kadushin opina que si se define a los intelectuales únicamente ligándolos con la disidencia, entonces se corre el riesgo de escuchar únicamente opiniones en la izquierda y estas solo serán efectivas políticamente durante ciertos períodos de la historia.⁴⁰ Por eso, la lucha por la verdad puede ocurrir desde cualquier parte del espectro político, aunque desde tiempo atrás algunos hayan monopolizado la palabra erigiéndose como portavoces de la verdad y la

³⁴ Foucault pensaba que el escritor, como conciencia universal y sujeto libre, se erigía en oposición a quienes solo adquirirían valor en función del servicio del Estado o el capital (ingenieros, jueces o maestros). Foucault se refiere a Oppenheimer constantemente como una bisagra entre los intelectuales universales y los especialistas. Como físico atómico, este se relaciona con la ciencia y el conocimiento científico, pero debido a que la amenaza atómica representa una amenaza para toda la humanidad y el futuro del planeta, su discurso puede ser entendido de forma universal. (M. Foucault (2010). *Kritik des Regierens. Schriften zur Politik*. Berlin: Suhrkamp, p. 302)

³⁵ *Loc. cit.*

³⁶ A. Gouldner, *op. cit.*, p. 17.

³⁷ M. Foucault, *Kritik des Regierens. Schriften zur Politik*, p. 307.

³⁸ G. Deleuze y M. Foucault, *op. cit.*, p. 303.

³⁹ A. Gouldner, *op. cit.*, p. 88.

⁴⁰ C. Kadushin, *op. cit.*, p. 336.

justicia.⁴¹ La teoría no es la expresión, traducción o utilización de una práctica, es la *praxis* misma. Empero, una local y regional que no totaliza ni coloniza todas las áreas de la vida humana.⁴² Se puede decir entonces que el análisis del discurso emprendido por los teóricos tiene el objetivo de encontrar las verdades del discurso y del poder (y su potencial legitimador).⁴³

CONSIDERACIONES FINALES

Mediante el estudio del concepto de poder en Foucault, ha salido a la luz la tarea del teórico político como intelectual. El poder es para el filósofo francés una red productiva que no se agota en el Estado, sino que impregna todas las relaciones entre seres humanos e instituciones: «El poder no está localizado en el aparato del Estado y nada en una sociedad cambiará si los mecanismos de poder fuera del aparato estatal no cambian». ⁴⁴ Suponiendo que no basta con controlar el aparato estatal para llevar a cabo innovaciones trascendentes en las relaciones de poder, entonces tampoco puede deducirse que el consenso liberal en las democracias occidentales signifique la muerte de la teoría política y el fin de la historia.

En los años venideros y en tiempos del espacio público inerte, la filosofía política aún está llamada a desempeñar funciones esenciales, dentro de las cuales la crítica de la ideología y del poder es una de las más importantes. A la luz de los acontecimientos recientes, la convicción de que existe un consenso liberal y que la teoría política ya no tiene nada que decir al respecto luce cada vez menos convincente. Por eso, el análisis del poder es uno de los componentes más importantes de la crítica ideológica. Los teóricos políticos, en su faceta de intelectuales, son capaces de llevar a cabo esta tarea. El análisis del poder político es siempre la lucha por una verdad que puede ser revolucionaria o conservadora. Sólo la muerte acaba con esa necesidad. Que los temas importantes para los ciudadanos se discutan en el ágora depende de cómo la teoría política los haga digeribles para públicos más amplios. Los políticos y los tecnócratas pueden desarrollar diversos mecanismos institucionales para mejorar el funcionamiento del gobierno. No obstante, los teóricos políticos son responsables de provocar los giros copernicanos en los discursos políticos, ya que la *intelligentsia* tiene como interés primordial la puesta en práctica de la maquinaria técnica. Sus destinos solo se cruzan de forma trágica en un eclipse iridiscente: el poderoso reconoce al intelectual cuando este ya dejó este plano existencial o cuando se ha sumergido en las aguas bautismales del aparato dominante para transformarse en un burócrata más...

⁴¹M. Foucault, *Kritik des Regierens. Schriften zur Politik*, p. 301.

⁴²G. Deleuze y M. Foucault, *op. cit.*, p. 303.

⁴³S. Jäger (2013). Von der Ideologiekritik zur Diskurs- und Dispositivanalyse- Theorie und methodische Praxis Kritischer Diskursanalyse, en W. Viehöver y K. Reiner (eds), *Diskurs-Sprache-Wissen. Interdisziplinäre Beiträge zum Verhältnis von Sprache und Wissen in der Diskursforschung*, Wiesbaden: Springer, pp. 199-213.

⁴⁴M. Foucault, *Mikrophysik der Macht. Michel Foucault über Strafrecht, Psychiatrie und Medizin*, p. 110.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Benn, G. (2006). Der neue Staat und die Intellektuellen, en B. Hillebrand (coord.), *Essays und Reden in der Fassung der Erstdrucke*. Fráncfort: Fischer, 3ª ed., pp. 457-464.
- Borges, J. L. (2003). Ajedrez, en *El hacedor*. Madrid: Alianza, pp. 69-70.
- Daiber, D. (1999). *Subjekt- Freiheit-Widerstand- Die Stellung des Subjekts im Denken Foucaults*. Konstanz: Hartung-Gorre.
- Deleuze, G. y Foucault, M. (1977). Les Intellectuals et le pouvoir (Gespräch mit Michel Foucault vom 4. März 1972) en G. Deleuze y M. Foucault, *Der Faden ist gerissen*. Berlin: Merve, pp. 301-312.
http://swiki.hfbkhamburg.de:8888/Medienoekologie/uploads/Die_Intellektuelle_n_und_die_Macht.pdf, [24.03.2012].
- Detel, W. (1998). *Macht, Moral, Wissen. Foucault und die klassische Antike*. Fráncfort: Suhrkamp.
- Freyenhagen F. y Schaub J. (2010). Hat hier jemand gesagt, der Kaiser sei nackt? Eine Verteidigung der Geuss'schen Kritik an Rawls' idealtheoretischem Ansatz. *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, 3, vol. 58, pp. 457-477.
- Foucault, M. (1976). *Mikrophysik der Macht. Michel Foucault über Strafrecht, Psychiatrie und Medizin*. Berlin: Merve.
- (2010). *Kritik des Regierens. Schriften zur Politik*. Berlin: Suhrkamp.
- Geuss, R. (2009). *Philosophy and Real Politics*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Gouldner, A. W. (1980). *Die Intelligenz als neue Klasse: 16 Thesen zur Zukunft der Intellektuellen und der technischen Intelligenz*. Traducido por C. Seyfarth. Fráncfort/Nueva York: Campus.
- Gramsci, A. (1967). *La formación de los intelectuales*. Traducido por Á. González Vega. México: Grijalbo.
- Jäger, S. (2013). Von der Ideologiekritik zur Diskurs- und Dispositivanalyse- Theorie und methodische Praxis Kritischer Diskursanalyse, en W. Viehöver y K. Reiner (eds.), *Diskurs-Sprache-Wissen. Interdisziplinäre Beiträge zum Verhältnis von Sprache und Wissen in der Diskursforschung*. Wiesbaden: Springer, pp. 199-213.
- Kadushin, Ch. (2006). *The American Intellectual Elite*. New Brunswick: Transaction.
- Leist, A. (1991). Individuelles Handeln und Macht: Foucault Herausforderung. *Analyse & Kritik*, 13, pp. 170-183.
- Lilla, M. (2004). La seducción de Siracusa. *Letras Libres*, 64, pp. 8-15. Traducido por N. Catelli.
- Philp, M. (2012). Realism without Illusions. *Political Theory*, 5, vol. 40, pp. 629-649.
- Shils, E. (1974). *The Intellectuals and the Powers and Other Essays*. Chicago: The University of Chicago Press.

- Silva-Herzog Márquez, J. (2010). Bobbio y el perro de Goya, en *La idiotez de lo perfecto. Miradas a la política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Unamuno, M. (1983). *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Akal.
- Weber, M. (2005). *El político y el científico*. Traducido por F. Rubio Llorente, Madrid: Alianza, 2005.